

## La hoguera, un árbol ritual

por YOLANDA CERRA BADA

AL ATRAVESAR la ruta costera del oriente de Asturias en dirección a Santander no se puede dejar de reparar en esos árboles de tronco desnudo que, plantados ritualmente en vistosas y alegres ceremonias, aquí vienen a llamar *hogueras*. La observación del ritual lleva a preguntarse acerca de significados, orígenes o variantes, cuestiones todas que pretendemos esbozar en este artículo.

A pesar de que lo que más llama la atención sea la denominación de *hoguera* para un árbol que no se quema, conviene no centrar la cuestión en el nombre, algo que, sin ser baladí, nos puede desviar de otros aspectos más importantes. Además, la denominación *hoguera* o *joguera*, siendo propia aunque no exclusiva del oriente de Asturias, no es la única; por ejemplo, en el Llanes del siglo XVIII, este nombre alterna con el de «ramo de San Juan», por ser en la víspera de esta festividad cuando se plantaba el árbol. Hay que decir, sin embargo, que en la literatura es conocido como «mayo», apelativo genérico y antiguo que guarda relación, por inaugurararlo, con el mes primaveral<sup>1</sup>. Ya lo definía el *Diccionario de Autoridades* como «árbol alto,

adornado de cintas, frutas y otras cosas que se pone en un lugar público de alguna ciudad o villa, a donde todo el mes de mayo concurren los mozos y mozas a holgarse y divertirse con bailes y otros festejos».

El área que abarca este rito vegetal es enorme. Desde luego no se trata de ninguna manera de un rito local, puesto que encontramos rituales de plantación de árbol por toda Europa desde Rusia a Galicia o desde Inglaterra hasta Italia. En cuanto a la Península Ibérica la representación es muy alta: Cataluña, Aragón, País Vasco, León, Castilla, Galicia, Andalucía son zonas donde, con más o menos vitalidad, se ha documentado o se documenta en la actualidad este ritual. En lo que concierne a nuestra región, es Llanes el concejo que aporta mayor número de ejemplares y también donde el respaldo social es también mayor<sup>2</sup>. Se pueden nombrar, dentro del Valle de San Jorge, las del Cristo y la Blanca de Nueva, la de San Antonio en

---

BAROJA, *La estación del amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*, Madrid (Taurus), 1979; IDEM, *Mitos y ritos equívocos*, Madrid (Ed. Itsmo), 1989; IDEM, *El estío festivo. Fiestas populares del verano*, Madrid (Taurus), 1984; HONORIO M. VELASCO, «Fiestas de mayo en la tierra de Alcalá» en *Tiempo de fiesta*, Madrid (Tres - Catorce - Diecisiete), 1982, págs. 169-203.

<sup>2</sup> ANTONIO CEA GUTIÉRREZ (*La canción en Llanes*, Salamanca, 1979) describe e interpreta las fases finales de la hoguera

---

<sup>1</sup> Tratan de este tema JAMES GEORGE FRAZER, *La rama dorada*, México (Fondo de Cultura Económica), 1984; ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA y EUGENIO MELE, *La maya, notas para su estudio*, Madrid (CSIC), 1944; ENRIQUE CASAS GASPÁR, *Folklore campesino español*, Madrid (Ed. Escelicer), 1950; JULIO CARO

Villahormes y la de San Antolín de Naves; en el resto del concejo, las de Celorio, Balmori, Quintana, Bricia, Pancar, San Roque del Acebal, Vidiago, La Borbolla, Riego, Buelna o Pendueles. En otros municipios del oriente también se plantan hogueras, como en Cabrales (Asiego, Tielve), Ribadedeva (Villanueva) o en las Peñamelleras (Abándames, Cuñaba, Siejo, Alevia, Robriguero, Cimiano). En la vecina comunidad cántabra, hay también algunas referencias de las cuales la más representativa es la de la localidad de Pujayo. En el resto de Asturias pueden contarse con los dedos algunos ejemplos, como el *arbolón* de Cangas del Narcea, el roble de los casados y el álamo de los solteros de Pola de Siero o el ramo de Borines. Por lo tanto, la extensión del fenómeno es europea, siendo el oriente de Asturias el área hispánica norteña donde quizá se asienten el mayor número de ejemplares.

Plantar la hoguera es un rito que utiliza como soporte lo vegetal y trasmite unos significados simbólicos con gran repercusión en lo social. Tenemos otras muestras en la sociedad agrícola tradicional donde los vegetales se hallan presentes de modo ritualizado. Por ejemplo, el ramo de laurel que se lleva a bendecir a la misa del Domingo de Ramos para después desempeñar una clara función profiláctica: colocado a la puerta de las casas o entre los aperos de labranza, impide la entrada del mal y asegura buenas cosechas; quemado durante las tormentas, preserva del rayo; entregado al padrino refuerza los vínculos sociales. En las fiestas, podemos destacar el que se colocaba a las mozas por San Juan, símbolo de sanción social positiva o negativa sobre su atractivo o conducta, los enramas de las fuentes en esa noche mágica, así como los ramos de Navidad y los conocidos ramos de pan que constituyen la ofrenda real y simbólica que se hace al santo patrón en su festividad. A es-

tos podrían añadirse tanto el ramo que, cuando se abría un tonel de sidra, se ponía a la puerta de la taberna o de la vivienda particular como reclamo y que con su frescura anunciaba y representaba la del líquido, como el que se coloca en el tejado al acabar una edificación, hoy anuncio de fin de obra así como velada petición de convite al dueño, pero antaño seguramente con función preservativa.

Las diversas fases en que consiste el ritual del mayo empiezan por la elección, corte y traslado del árbol. Estas fases, realizadas por los hombres, suelen hacerse en el oriente de Asturias desprovistas de todo aparato ritual y festivo. En fechas inmediatamente anteriores a la plantación, el árbol susceptible de ser cortado es elegido por los hombres en los montes cercanos. Se trata, de modo muy general, de un eucalipto alto y liso que es regalado por su dueño o robado simbólicamente. Hay que tener en cuenta que los hombres jóvenes, en ciertas fechas del calendario festivo, tenían licencia para hacer lo que se llamaban «trastadas», es decir, pequeñas gamberradas previstas y admitidas de antemano como cambiar los carros, los tiestos, las portillas de sitio o, en el caso que nos ocupa, robar el árbol ritual. De alguna forma, entrar a formar parte del grupo de varones que realizan estos actos constituye un rito de paso de la infancia a la juventud.

Este árbol, hoy eucalipto y antes aliso, se corta y se traslada en tractor a un lugar inmediato a la localidad. Pero el árbol ha de sufrir una transformación antes de ser conducido festivamente desde allí al lugar donde se plantará. Se le desnuda y alisa, quitándole la corteza, las ramas y los nudos hasta convertirlo en un enorme y grueso palo o cucaña en cuya cima se deja la copa, que suele adornarse con una bandera instantes antes de la elevación. No hace muchos años se colocaban regalos, dinero, un gallo y, untado de grasa el tronco, había una competición entre los mozos por ver quién era capaz de alcanzar la cima. El objeto ritual se ha transformado de árbol en ramo; propia-

---

aportando documentación antigua. Esta obra guarda relación con los tres discos del Cuarteto Cea dedicados al folklore musical llanisco, uno de los cuales (*Ritos al agua, al árbol y al fuego*) contiene canciones de la *joguera*.



Hoguera de San Juan en La Bolera de Naves pagada por el indiano Juan Castro, a principios del siglo xx.

mente el ramo será la copa misma del árbol incrementada con otros elementos y el tronco, su largo soporte. Deja, pues, de ser árbol, para convertirse en el llamado mayo, ramo de San Juan o *joguera*. Bien entendido que forman parte de esas tareas previas la corta y eliminación del mayo viejo así como la preparación del hoyo y la recopilación de las herramientas que servirán para plantar el nuevo ejemplar.

Propiamente el ritual público comienza la víspera de la fiesta, luego de reunirse en lugar prefijado donde está dispuesto el árbol los hombres que habrán de trasladarlo a hombros y las mujeres que acompañarán con cánticos su marcha. Efectivamente, los hombres jóvenes, dirigidos por algún experto y ayudados por otros no tan jóvenes, car-



Poniendo las cuerdas para levantar la hoguera de San Antolín, en 1999 (Foto Juan Ardisana).

gan en hombros el pesado tronco y, en un alarde de vigor y esfuerzo, sorteando los obstáculos y las curvas que encuentran a su paso, lo conducen al lugar establecido para la plantación, que suele ser delante de la iglesia o en la bolera. El monótono canto de las mujeres hace alusiones a todo el proceso: el traslado y plantación del árbol, el donante, la Virgen o santo que se celebra, etc.

Antes del izado, aseguran unos clavos hacia la mitad del palo que servirán de sujeción para las cuerdas de tiro. Una vez iniciada la colocación del mayo dentro del pozo, que tiene forma de rampa y en su lado más profundo mide unos dos metros, los hombres tiran por los cabos de las cuerdas. En toda la operación otros hombres, ayudados por varias horquillas de diverso tamaño (*jorcaos* o *jorquetos*), irán apuntalando el palo. Cuando el tronco está arriba, ajustan la base con piedras, calzas de madera y tierra. Es entonces cuando las mujeres terminan sus cánticos y los vivos y los voladores se suceden. Pero aún la tarea no ha concluido, pues es preciso desamarrar las cuerdas, bien ascendiendo por el tronco, bien mediante unos hábiles movimientos que deshacen el nudo desde abajo. El colofón lo pone el rodeo de la hoguera, una danza prima que se realiza en torno al árbol ritual.

Mientras que en otros lugares lo que se resalta es el robo simbólico, la propia comunidad de los mozos (o quintos) o bien la ascensión a la copa, en el oriente de Asturias es la plantación lo que reviste mayor importancia social y ritual. El hecho de que las mujeres (mozas solteras, en principio, aunque ahora intervienen casadas) acompañen el acto con sus canciones al son de tambor y panderetas, en filas y ataviadas con el vistoso traje de la zona, contribuye a resaltar la magnitud del acto, muy importante en la vida de la comunidad local y consumido como producto cultural por turistas y veraneantes. En consonancia con el hecho de que la plantación es lo que más relevancia ritual tiene, el árbol mayo, de unos treinta metros de altura,



Preparados para tirar de la cuerda en la hoguera de San Antolín, principios de los años 60.

permanecerá allí todo el año hasta ser renovado cíclicamente. Será, pues, símbolo de una colectividad, sea este pueblo o bando, sirviendo su bandera al viento como útil veleta colectiva. Frente a otros lugares de Asturias o de España donde sólo permanece plantado un corto periodo de tiempo, este mayo, en el oriente de Asturias, pasa a formar parte intrínseca del paisaje durante todo el año.

Es el momento, pues, de preguntarse qué se hace con el tronco viejo y de volver a la denominación *hoguera* para el árbol mayo. La hoguera era una verbena que se hacía la víspera de la fiesta. Se nombraba así, con toda seguridad, porque en tiempos en que no existía luz eléctrica encender una fogata era indispensable para cualquier reunión festiva nocturna de importancia. En Llanes, se quemaban barricas de sebo frente a la iglesia parroquial en las grandes festividades del siglo XVIII: el Corpus, San Pedro,

San Juan y la Patrona, según consta en los libros parroquiales (los bandos aún no habían nacido); en cambio, en otras como San Bartolomé sólo disponían de velas de sebo para alumbrar<sup>3</sup>. Plantar la hoguera es algo que se hace la noche de víspera; por lo tanto, fogata y árbol mayo serían elementos indisolubles. Pero además de esta consideración acerca del significado antiguo de la palabra hoguera, hay que tener en cuenta que, aunque en el oriente los mayos no se quemen actualmente y tampoco existen referencias documentales, ese nombre estaría indicando una antigua cremación. Nada raro, además, no sólo por las referencias al mayo que se quema tanto peninsulares (Valle de Arán, Burgos, Cataluña) como extranjeras, sino también por la

<sup>3</sup> Según los Libros de Fábrica del Archivo Parroquial de la Iglesia de Santa María de Concejo de Llanes.

existencia de los árboles de fuego, con o sin pelele, cuya quema en las fiestas de verano es un hecho constatado<sup>4</sup>.

Según los datos de que disponemos, en el Llanes del siglo XVIII la madera se subastaba o se vendía y el dinero iba a parar a la Iglesia, en cuyos libros de fábrica figura habitualmente en el capítulo de ingresos. Por ejemplo, son frecuentes entradas de este tenor: «Mas se le hace cargo de ocho Reales en que se bendio la hoguera que se puso delante de dicha Yglesia la vispera de San Juan de



Levantando la hoguera de San Antolín en La Bolera de Naves, principios de los años 60.

ssetecientos y tres»<sup>5</sup>; o en 1728: «Item de diez reales que dicho Juan Pariente dio por la hoguera o ramo de San Juan que se pone su Vispera delante de la Iglesia»<sup>6</sup>. Prueba de que la hoguera en estas fechas ya no se quemaba, nos las proporcionan, por ejemplo, las cuentas del año 1778 donde se dice:

«Que se gasto en la fiesta de San Juan otros trece rreales con mas 3 rreales que se dieron al que subio a desamarrar los cordeles i azer la fosa y 16 rreales i 8 maravedies que costo la conduzion de la oguera i el esceso de lo que avia costado el año pasado, con la adbertencia que ai existente la oguera para el año que biene poniendole algunos ramos berdes»<sup>7</sup>.

O sea, que el palo o soporte sirve de un año para otro: lo que se renueva es el ramo. El año siguiente, el mayordomo nos proporciona otros pormenores acerca de esa festividad de San Juan:

«mas, que se gasto la fiesta de San Juan de la Barrica 6 rreales, de velas de sebo 2 rreales y 20 ms que se da al sacristan para refrescar 4= que costo el zepillar la hoguera i componerla 16 rreales de los ramos que se trajeron para ponerlos en ella 4= de una argolla de fierro que se hizo para poner los ramos 22 rreales que se dio al que hizo el hoio para plantarla 1= que se dio al que subio a desamarrar los cabos 1 rial y 16 maravedies de clabos para la argolla y tablas doce clabos de apontonar 1 rial y 16 maravedies todo 98 rreales y 20 maravedies y queda el Palo y argolla y tablas que puede servir para muchos años»<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> CASAS GASPAR, *op. cit.*, y CARO BAROJA, *El estío festivo*, págs. 24-29.

<sup>5</sup> Archivo Parroquial de Llanes, *Libro de cuentas de la Fábrica de la Iglesia parroquial de Llanes que dio principio en el año 1703*, fol. 22 r.

<sup>6</sup> *Libro de cuentas...*, fol. 187 v.

<sup>7</sup> *Libro de Fábrica de la Yglesia de la Parrochia de la villa de Llanes que comienza en el año de 1771*, fol. 165 r. ANTONIO CEA, *op. cit.*, pág. 46, dice que en 1770 es la última vez que se cita la hoguera. Él transcribe los últimos documentos del *Libro de Fábrica de 1740*; sin embargo, en el anteriormente citado, que llega hasta casi finales del siglo XVIII, hemos podido encontrar referencias en 1793. Del siglo XIX no se conservan libros de fábrica.

<sup>8</sup> *Libro de cuentas...*, fol. 170 r.



Danza en torno al fuego de la hoguera de la Magdalena en Llanes (Foto José Ramón Rodríguez Trespalacios).

Cuando decimos que en el oriente no se quema, algo que atestigua para el Llanes decimonónico el historiador local Manuel García Mijares<sup>9</sup>, quien en el año 1893 encuentra ya muy decaída esa costumbre, hay que aclarar la particular excepción del bando de La Magdalena, que, desde la inmediata posguerra, momento de cambio y reorganización festiva, sustituye el rito de plantar la *joguera* por la quema de su copa. Se trata de una reinterpretación del ritual, basada en el hecho de que, con anterioridad a la Guerra Civil, la víspera

plantaban el árbol y, en la verbena del día grande, lo cortaban y encendían una hoguera con los troncos<sup>10</sup>. La ausencia de datos de la quema antigua seguramente será debida a que parece carecer de aparato ritual; sería como retirar el quiosco de los músicos o las banderas, por lo tanto no se hace

<sup>9</sup> MANUEL GARCÍA MIJARES, *Apuntes históricos, genealógicos y biográficos de Llanes y sus hombres*, Llanes (El Oriente de Asturias), 1990, págs. 487-492.

<sup>10</sup> En el programa de fiestas de 1947 se anuncia el traslado de la «típica hoguera» desde el sitio de costumbre a la plazuela de la Magdalena, pero nada más. En el programa de 1951 intentan recuperar todos los detalles del rodeo de la hoguera; además se dice que a hora avanzada de la verbena del día grande se apea el árbol, se parte en troncos y se quema, algo que había caído en desuso, pero que ha vuelto a resurgir «estos dos últimos años». Entre que la tradición resurge y se produce la nueva forma de quemar la copa parece que hay un tiempo corto de transición en el cual la quema es el día 21 y no el día 22, como ocurre en 1954: «se celebrará a continuación [*tras el plante*] la tradicional quema de la

mención de ellos en las reseñas, programas de fiestas, etc.

Por comparación con otros datos regionales y peninsulares, creemos que, mientras fue árbol de mayo —en Llanes antes del XVIII—, permanecería plantado todo el mes. Una vez que se desplazó hacia la víspera de una festividad religiosa, como árbol de San Juan por ejemplo, estaría plantado un tiempo generalmente corto, hasta la siguiente fiesta importante, donde, destinado a desaparecer, se subastaría o bien se utilizaría como fogata. Esto es lo que hacían en Cue, según recuerda Luis Díaz, donde la hoguera plantada por San Antonio se quemaba la víspera de San Pedro; los mozos colocaban paja de maíz alrededor mientras las mozas cantaban: «Hoy víspera de San Pedro te venimos a quemar»<sup>11</sup>. Es, ni más ni menos, que lo que se hace en la tierra madrileña de Alcalá: en Ambite, el 30 de abril a las 12 de la noche, tras los cantos de mayo, los mozos van en busca de un árbol a una alameda cercana y lo plantan seguidamente en el pueblo; allí queda hasta el día de la Ascensión cuando lo guardan para convertirlo en hoguera que arderá la víspera de la Inmaculada<sup>12</sup>. Es decir, habría una relación íntima entre el mayo y las fechas a la que se halla adscrito; fuera de ese tiempo festivo, está destinado a desaparecer. Hoy, al contrario, está relacionado mucho más con la sociedad de la que forma parte que con la festividad.

¿Qué significa este ritual de plantar la hoguera? Su nombre antiguo, como venimos diciendo, se debe a que es el árbol propio de mayo, mes asociado a la fecundidad de la vegetación y al amor. La-

---

hoguera» (según testimonio en *El Oriente de Asturias*). TERESA DEL CAMPO SANTOS, *Usos y costumbres en las ceremonias de los bandos de Llanes*, Llanes (El Oriente de Asturias), 1997, págs. 63-67, sugiere que en 1957 sería la fecha que marca el inicio de la forma actual de realizar la quema.

<sup>11</sup> LUIS DÍAZ GARCÍA, *La parroquia e iglesia de Cue cum plen doscientos años*, Llanes (El Oriente de Asturias), 1992, págs. 50-51.

<sup>12</sup> HONORIO M. VELASCO, *op. cit.*, pág. 187.

mentablemente la documentación sobre el árbol ritual no nos lleva más atrás de la Edad Moderna y, aunque haya referencias de ritos aparentemente parecidos en la forma nada indica que los significados sean similares ni, por supuesto, se hayan mantenido inalterados a lo largo de siglos. Sin embargo, lo que sí se ha constatado es la gran homogeneidad que hay en este ritual.

El rito de plantar el árbol mayo no es moderno en la forma, sino arcaizante, pues remite a épocas pretéritas, a gustos pasados, a una sociedad campesina. En origen se planta el día primero de ese mes; una vez que se va perdiendo el significado primero del ritual se traslada funcionalmente a las fiestas patronales o se cristianiza a través de la cruz de mayo. Una explicación, dejando de lado atractivas especulaciones e indemostradas teorías, sería de tipo agrario; parece posible que haya sido un medio simbólico para asegurar la fertilidad general y, en especial, la protección de la cosecha, en un tiempo especialmente delicado de la vida agrícola en que debe asegurarse que la tierra ha de ser fecunda y dar su fruto. Eso garantizaría, por extensión, la supervivencia del grupo social, cuya alimentación, en una tradicional economía de subsistencia, depende, en última instancia, de factores atmosféricos.

Otra explicación sería de tipo sociológico: se trata de poner a prueba la energía, potencia, pericia, valor de los hombres y en concreto de su generación más joven. Los hombres que llevan la hoguera han de ser jóvenes y deben demostrar fuerza física, destreza y valor para abatir, trasladar, plantar y finalmente ascender al árbol más alto que llegará a ser símbolo de su comunidad. El ritual exige cooperación entre iguales y fomenta la unidad del grupo. Grupo que no es sino una representación de la comunidad entera<sup>13</sup>.

Existe, como es preceptivo en sociedades anteriores a la actual, una radical separación entre las

---

<sup>13</sup> HONORIO M. VELASCO, *op. cit.*, págs. 196-202.



Grupo de navizos al pie de la hoguera de San Antolín ya plantada, a principios de los años 60.

labores masculinas y femeninas, entre los papeles tradicionales asignados a los diferentes sexos: productivo para los hombres y reproductivo para las mujeres. Ambos grupos actúan simultáneamente, siendo las mujeres las encargadas de animar a los hombres en su actividad. Ellos, principales protagonistas del acto, exhiben fuerza física, destreza y valor, tradicionales valores masculinos. Ellas, en cambio, con el papel subsidiario de acompañar el acto colectivamente sin destacar ninguna de ellas de modo individual, son las encargadas del factor estético<sup>14</sup>. Adornadas con traje favorecedor y aportando la parte musical del acto, en tiempos no tan lejanos representaron a las jóvenes casaderas que lucían su cuerpo y sus habilidades artísticas para lograr un puesto en el mercado matrimonial. Co-

mo cantan en la fiesta del Cristo de Nueva:

Dos cosas tienen en Triana  
que no admiten discusión:  
de sus mujeres la gracia,  
de sus hombres el valor.

En la actualidad, el ritual de la *joguera* ha perdido su carácter agrario. Ya no se hace en fechas especialmente delicadas del ciclo agrícola, como mayo o San Juan; por lo tanto, pierde un objetivo final que sería el de perseguir la fertilidad de los campos, la protección de las cosechas o la fertilidad humana. Primero va desplazándose en el calendario hacia los meses de verano u otoño, ligada a la fiesta patronal, celébrase esta cuando se celebre, como un elemento más de diversión. Y como tal elemento de diversión se llegó a desligar de las festividades religiosas; en las Peñamelleras, por ejemplo, se levantaron hogueras con ocasión de actos civiles: como agasajo a personajes ilustres o

<sup>14</sup> PIERRE BOURDIEU, *La dominación masculina*, Barcelona (Anagrama), 2000, págs. 120-126.

para celebrar los triunfos en las elecciones políticas anteriores a la Guerra Civil.

En la sociedad actual las fiestas han cambiado de dirección. Manteniendo muchos rasgos formales de sociedades pretéritas, los significados son otros muy diferentes. Las fiestas estaban ligadas antes a la reproducción de lo natural e insertas en el ciclo agrícola. De ellas se mantienen ciertos elementos formales cuyo significado no sea muy marcado, pero se pierden aquellos específicamente ligados a lo natural. Por eso han desaparecido los rituales de bendición de los campos con el laurel y el agua bendita, como han desaparecido las rogativas para propiciar la lluvia o los toques de campanas para ahuyentar las tormentas.

Hoy las fiestas se han desnaturalizado pero a cambio están íntimamente ligadas a lo social. Sirven para la reproducción del grupo social, para crear conciencia de identidad local. La hoguera es «nuestra» y es mejor o más alta que la de «ellos»; el ritual de la hoguera «nos» identifica como grupo y es necesario para la permanencia y reproducción del grupo social, del «nosotros» comunitario. Ciertos rituales son renovados no atendiendo a sus contenidos simbólicos, a lo que representan, sino a la utilización que hacen de él determinados grupos sociales; se renuevan no en función de lo que significan sino en función de aquello para lo que sirven<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> ISIDORO MORENO NAVARRO, «El estudio de los grupos para el ritual: una aproximación» en Manuel Luna Samperio (coord.), *Grupos para el ritual festivo*, Murcia (Consejería de Cultura, Educación y Turismo y Editora Regional de Murcia), 1987, págs. 15-21; JOSETXU MARTÍNEZ MONTOYA, *Pueblos, ritos y montañas*, Bilbao (Desclée de Brouwer), 1996; AA.VV., *La fiesta, la ceremonia, el rito*, Granada (Serv. de Public. de la Univ. de Granada), 1990.

Un rito como la plantación de la hoguera destinado a desaparecer por carecer de funcionalidad fue reactivado por los indianos que, a sus regresos estivales o definitivos, pagaban los gastos para ver aquellas fiestas de su pueblo que tuvieron que abandonar para emigrar a América en busca de fortuna. No sólo el impulso económico hace posible estas manifestaciones populares; más importante es la revalorización cultural del vecino enriquecido que proporciona prestigio a unas vetustas costumbres rurales. Hoy ya no son los indianos sino los vecinos los que quieren que «no desaparezca» una costumbre antigua. Porque les dota de identidad y porque es revalorizado por un turismo que, proveniente de una sociedad urbana despersonalizada, se vuelca en lo «natural», busca espacios «naturales», rurales, «autenticidad», «antigüedad», proyectando, en fin, una imagen idealizada de un pasado rural que imagina lleno de valores positivos, de esencias, donde cree que se ha detenido el progreso algún día. Estas actitudes forman parte de una estrategia que se inserta en la búsqueda de las identidades locales, proceso contrario y complementario al de la globalización<sup>16</sup>.

Por eso, en Naves, la hoguera que se planta todos los años la víspera de San Antolín al atardecer, es tan importante, porque es símbolo de una colectividad. Esa colectividad no es el pueblo entero sino el bando de San Antolín, que ocupa la mitad oeste de Naves y busca, celebrando su fiesta y plantando la hoguera, continuar, reproducirse y hacer frente a sus competidores del bando de Santa Ana, la otra mitad, que también tiene su espacio, su tiempo y sus símbolos festivos.

<sup>16</sup> LLORENÇ PRATS, *Antropología y patrimonio*. Barcelona (Ariel), 1997.